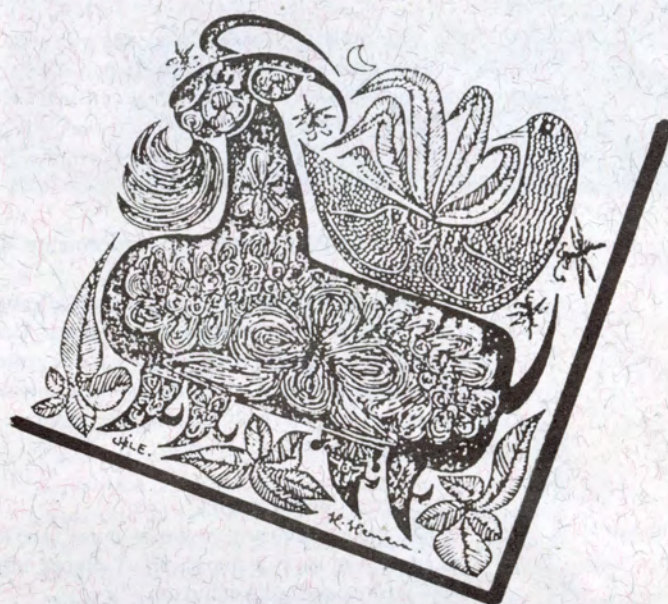


Arte de Pájaros

La primera impresión que surge al ver a Héctor Herrera es la de estar frente a un hombre sencillo, con cara de abuelo dulce y tranquilo. Su pelo blanco y la mirada diáfana de sus ojos, refuerzan esta idea. Sin embargo, a lo largo de la conversación se descubre a un hombre fuerte, de afirmaciones taxativas, como *"Este es un mundo decadente, la gente está cada día peor, no sabe apreciar el valor de la naturaleza"* o *"El pueblo es una serpiente sin cabeza, hace lo que le dice la televisión, la sociedad de consumo"*. Un hombre que se autodefine como anarquista, aunque sin perder, por cierto, la sensibilidad del artista. Y no podía ser de otra manera, porque Herrera ha estado en el arte desde muy joven, lo sigue estando hoy a sus sesenta y seis años, y no espera separarse de él, *"... voy a morir buscando el placer y el amor que la belleza entrega"*.

Héctor Herrera es conocido en el mundo de la plástica nacional como "el pajarero". Durante años ha dejado plasmado en las telas, la figura de miles de pájaros, de cuerpos voluptuosos, con grandes colas y penachos. Pájaros que cobran vida en la pintura gracias a la imaginación del artista y de la permanente evocación del paisaje natural que lo rodeó cuando niño, *"crecí en Tomé, me crié en el mar, con los pescadores, las gaviotas y los peces. Cerca de las apancoras y de los caracoles. También en los bosques, donde comía el fruto del copihue, nalcas y dihueñes. Viví muy compenetrado de la naturaleza, y toda esa belleza se adentró en mi alma"*.

Aunque nunca ha dejado su vocación por la plástica, durante mucho tiempo se vio obligado a combinarla con oficios menos sensibles, pero que le entregaban el dinero que necesitaba y del que en esos años no disponía, *"comencé a trabajar desde los ocho. Repartí pan a caballo por los cerros de Tomé, durante dos años; luego entré a una fábrica de conservas de pescado. En Concepción trabajé, acarreado ripio, en la construcción de la Escuela Industrial. Cuando me vine para Santiago, a los catorce o quince años de edad, comencé siendo mozo en un hotel parejero: el antiguo Hotel Las Rozas, del sector de Matucana"*.



Su definitiva incursión al mundo del arte se produce cuando asiste a talleres de pintura en donde enseñan, entre otros, Nemesio Antúnez, Gracia Barrios, Juanita Lecaros y Emilio Hermassen, "recuerdo en especial, el Taller de Estudiantes Plásticos. Era de una especie revolucionario en plástica. A mí me llevaron allí, porque yo en ese tiempo era obrero, vieron que tenía algo de talento y me aceptaron. Pero yo no tenía nada que ver con ese círculo de gente acomodada, yo era el único miserable", "luego Hermassen me llevó a una especie de estampería, allí aprendí todas las técnicas del estampado en telas. Pero a mí me tenían para limpiar frascos y lavar pinceles. Yo cuidaba la fábrica y en la noche aprovechaba de hacer experimentos con las telas, fue así que comencé". Desde aquellos inicios, la profusa creación de Herrera no se ha detenido, y hoy acumula casi cincuenta años en el arte, entre sueños y colores.

¿Qué futuro le ve al arte en una sociedad tecnologizada?

Yo veo que el arte va a ser un producto de consumo, hecho por máquinas electrónicas, el hombre allí no va a pensar, ni nada. Se hará al gusto del cliente.

¿Le molesta comercializar sus pinturas y dejarlas en manos de personas que tienen el dinero para adquirirlas, pero no siempre las entienden?

Mire, yo soy anarquista. A mí me importa un rábano que la gente me compre o no me compre. No sufro por ello.

Pero usted depende económicamente de esas personas...

Claro, pero eso se da porque a la gente le gusta, y no porque yo les meta las pinturas a la fuerza. Uno siempre va a tener una cierta dependencia con la gente, pero lo que yo quiero decir, es que me siento totalmente libre de la gente. Yo no pinto para la gente, pinto para mí, y así lo hacen todos los artistas.

¿Se considera ególatra?

¡Claro! todos los artistas son ególatras, si no lo fueran no podrían hacer lo que hacen. Y esto es muy humano, no crea que es un delito ser.

¿Ha utilizado drogas para pintar?

No, bueno... el vino, pero nunca he pintado en estado de ebriedad.

No creo que los alucinógenos entreguen mayor creatividad al artista. Yo, por ejemplo, hace tres años que no tomo y he tenido, en este tiempo, una creación más fecunda que en toda mi trayectoria.

¿Pensó en algún momento abandonar el arte?

No, nunca. Aunque fueron años que pasé frío y hambre con mi mujer y mis hijos. Pero nunca me entregué y seguí trabajando. Perseverar es muy importante en el arte, porque si no uno no logra un estilo, logra sólo copiar o hacer tonteras. Aunque pueda ser que lo mío también sea tonto, pero me refiero a cosas absurdas, sin gusto.

¿Qué cree que es importante en la vida?

Importante es ser solidario con los demás. Yo vivo y a mí la gente, a veces, me revienta, pero en el fondo también la amo. Lo que me molesta es la imperfección de las personas. Son una especie de delincuentes, delincuentes en el amor, con la naturaleza a la que ensucian, atropellan a niños y mujeres, escupen en la tierra...



Muchas de las mágicas aves que su genio crea y el pincel dibuja, se encuentran dispersas por el mundo. En Inglaterra, Suecia, Cuba, Brasil y Estados Unidos, es posible encontrar sus obras. El artista en cambio, permanece en Santiago. Sin embargo, cada cierto tiempo regresa a Tomé, aunque reconoce que allí casi no le quedan amigos. Con uno de ellos, el poeta Alfonso Alcalde, alcanzó a compartir algunos momentos, durante este último otoño, antes que el escritor decidiera suicidarse.

Trabaja en la casa que comparte con Berta, su compañera, con quien tuvo cuatro hijos, de ellos dos mujeres. Sin embargo en su taller prefiere la compañía del jazz y de la soledad. Esta última la ha elegido, según cuenta, porque no le gustan las multitudes, "Soy un poco neurótico, los ruidos me matan. Yo ando huyendo del ruido y de la gente, que anda como ovejas, teledirigidas. No es que no quiera a la gente, pero en general, la encuentro muy vacía". Pese a esto, precisamente, rodeado de gente, lo encontramos en la Feria de Arte Popular, que cada año se realiza en el Parque Ecuador de Concepción, y de la cual Herrera es uno de sus expositores más tradicionales. Allí, entre las interrogantes de las personas que admiraban su trabajo, y un momento de diálogo ameno, sobre el césped del parque, se realizó esta entrevista, que más que plasmar preguntas buscó el testimonio de un hombre enamorado del arte.

Marianela Zapata